NUM. 10. MADRID, 30 DE MAYO DE 1857. AÑO I.

TIPOGRAFIA.

I.

antas son las ciudades, que, faltando algunas de ellas á la verdad á sabiendas, se disputan la inmarcesible gloria de haber sido la cuna de la imprenta, de este agente el mas poderoso que ha concedido Dios á la civilizacion para desenvolverse en el globo; y tantos los títulos mas ó menos valederos que cada una de ellas alega para legitimar su pretension, que se pierde en un laberinto de conjeturas el que se empeña en averiguar cuál fué el principal inventor del arte prodigioso que libra al pensamiento humano de la oxidacion y del moho conque las edades lo roian; que aumentando su volatilidad para que se propague, le presta al mismo tiempo solidez para que no se avapore; que le da alas como á un pájaro, y estabilidad como á una fortaleza; que embalsama las tradiciones y las crónicas para que no se corrompan, como los cadáveres en su contacto con la atmósfera; que impone á las palabras una forma material, tangible, permanente, y las reproduce hasta lo infinito, y prolonga su eco de una manera que nunca se acaba, que nunca se debilita, que nunca se pierde en ningun horizonte, que permite á los siglos conversar todos entre sí, como si estuviesen todos presentes, como si se hubiesen todos citado á una misma hora en un punto fijo; que hace vivir al hombre con la vida de todas las eras, y que está colocado en el mundo como un centinela vigilante, como un idómetro infalible, que cuenta y mide uno trás otro todos los progresos, todas las evoluciones, todos los pasos de la humanidad en marcha, cuyas tendencias se dirigen incesantemente á avasallar el tiempo y el espacio.

Hay invenciones, que aunque son el resultado de ideas que la una engendra la otra, requieren en el que las concibe una fuerza de ilacion tal, que apenas se comprende cómo ha podido llegar á ellas. ¿A quién no asombran, por ejemplo, los trabajos de Niepce y de Daguerre, que llegaron con su maravilloso procedimiento á fijar las imágenes de la cámara oscura, sin mas conocimiento preliminar, sin mas punto de partida que el que les suministraban los antiguos alquimistas, los cuales, despues de haber conseguido unir la plata con el ácido marino, notaron que de esta combinacion resultaba un producto blanco, que gozaba al ponerse en contacto con la luz, de la singular propiedad de ennegrecerse? Lo mismo pudiéramos decir de la galvanoplastia, de las armas de fuego, del alfabeto, de la numeracion, de la escala natural y cromática, invenciones á las cuales no podia llegarse sino por una serie de cálculos, por una repeticion perseverante de análisis y de síntesis que revelan un ingenio muy poderoso; lo mismo pudiéramos decir de la litografía, de la locomocion por el vapor, de la telegrafía eléctrica. Entre el descubrimiento del agente, que puede y suele ser debido á la casualidad, y en aplicacion al objeto á que se le destina, hay que recorrer una serie de conocimientos que parecen superiores á la penetracion humana.

Pero la imprenta no se encuentra en este caso, y no tanto nos admira que se haya inventado, como que se haya tardado tanto en inventarla. ¿Se concibe que no inventasen la imprenta los antiguos, hallándose de ella ya tan cerca como nos lo demuestran las inscripciones y cifras de los egipcios, de los griegos y de los romanos, que por medio de un hierro frio ó caliente se grababan en relieve y en sentido inverso en los ladrillos, en las monedas, en los panes, en la frente de los esclavos fugitivos, y como nos lo demuestran sobre todo los rótulos de sus libros, que grabados al revés en el molde se reproducian al derecho en el objeto? De eso, á la invencion de la imprenta no hay mas que un paso, y sin embargo, se tardó en dar este paso, siglos y mas siglos.

Trescientos años antes de Jesucristo, habian ya los chinos concebido la impresion, pero por procedimientos muy imperfectos y muy distintos de los actuales. No es exacto, como afirman ellos á impulsos de su vanidad característica, que la imprenta sea tan antigua como el mismo celeste imperio, es decir, que sea treinta siglos anterior á la era cristiana. Los monumentos tipográficos de la época de los Han, contemporáneos de Augusto, época que es en la China la del renacimiento de las letras, desmienten tan jactanciosas aserciones.

En Grecia, Agesilao II, rey de Esparta, que nació en el año 445 antes de Jesucristo, tuvo ya una idea de la impresion húmeda ó estampa, cuando para inspirar aliento á su ejército abatido, tocó las entrañas de la víctima consultada por los arúspices, y dejó en ellas estampada la palabra *victoria* que habia escrito antes al revés en la palma de su mano.

Los caracteres móviles, de que nos hablan ya San Gerónimo y Quintiliano, eran conocidos en Roma en tiempo de Ciceron, como lo prueba el pasaje en que el esclarecido orador, para combatir la opinion de que el mundo es el resultado de un azar, decia: «¿Cómo el que cree posible que produzca la casualidad tan maravillosa armonía, no ha de creer tambien que tirando al suelo miles y miles de letras del alfabeto, de oro ó de cualquiera otra sustancia, podrían quedar dispuestas en tal órden que permitiesen leer los *Anales de Ennio*? Pero esos caracteres móviles no se aplicaban á la impresion, sino simplemente á la enseñanza de los niños, que aprendian á leer con ellos, sirviéndoles al mismo tiempo de juguete.

A los mismos niños, para enseñarles á escribir, se les sujetaba á otro procedimiento. Empleábanse al efecto páginas enteras con letras recortadas cuyos contornos seguian los niños con el estilo, que no podia fácilmente desviarse, hallándose contenido por los bordes que le obligaban á seguir el curso. Este procedimiento, muy encomiado por Quintiliano, es el mismo de que se valian para poner su firma Justino y Teodorico, rey de los Ostrogodos, siendo de oro la lámina en que se hallaba su nombre vaciado, y era tambien igual con poca diferencia el que empleaban los iluminadores para trazar las letras capitales de los libros de canto llano y de algunos manuscritos sobrecargados de adornos. Este medio estaba aun en boga en Alemania á principios de este siglo, especialmente en algunos conventos. La estampa ó impresion húmeda se usó mucho durante la edad media, en que con tanta prodigalidad y profusion se empleaban las tintas de colores.

Con un mecánismo bastante análogo al adoptado en Roma para enseñar á escribir á los niños usado aun hoy por los pintores de brocha gorda, reprodujo Varron las imágenes de los grandes hombres. Plinio califica este procedimiento de maravilloso, y lo elogia con una magnificencia de frases que revela una admiracion y entusiasmo.

El procedimiento de los chinos consiste simplemente en pegar á una piedra muy lisa la hoja en que se hallan

dibujados los objetos que quieren reproducir, sean letras: flores, retratos, ó figuras de animales, etc., aplicando á la piedra la cara escrita. En seguida frotan el papel hasta que desaparece, y no deja en la piedra mas que los rasgos escritos, que se vacian entonces con el buril. Ennegrecen con tinta la superficie de la piedra, aplican á ella una hoja de papel, y queda la imágen reproducida en blanco sobre un fondo negro. En cuanto á las caras, en lugar de ahuecar los perfiles ahuecan todo lo demás, y los contornos quedan salientes, y resultan de consiguiente negros en el papel.

El uso de los patrones ó dechados se aplicó á los naipes, cuya invencion tiene la fecha de 1328, siendo por tanto falso que se inventasen para distraer en su enfermedad á Carlos VI de Francia. Mas adelante, habiéndose popularizado mucho, se trató de fabricarlos con mas prontitud y economía, y el primitivo procedimiento cedió un puesto á los moldes de madera en relieve. Esto era ya un buen punto de partida hácia la xilografía, de la cual nos limitaremos á decir que una representacion de San Cristóbal, pasando el mar con un niño Jesús en brazos, es el primer grabado en madera que se conoce. La primera mitad del siglo XV nos ofrece ya varios libros con láminas grabadas en madera, procedentes en su mayor parte de Harlem, y hasta hay quien cree que Gutemberg era tambien xilógrafo cuando la invencion de la imprenta.

A. Ribot y Fontseré.

CUANDO ENTERRARON Á ZAFRA...

CUENTO.

Una de las tardes en que subia, no hace muchos años, al Albaicin de Granada, barrio donde existen bastantes recuerdos del tiempo de los árabes, y cuyas casas y callejuelas conservan cierto aspecto monumental aun á través de las infinitas restauraciones que han sufrido en el trascurso de tantos años, me hallé sorprendido por unas cuantas gotas de agua que cayeron estrepitosamente sobre la copa de mi sombrero. En estremo disgustado por aquel ataque brusco, alzé con rabia mi airada vista creyendo que provendrian de cualquier balcon cuyas macetas regadas intempestivamente por la mano de alguna maritornes desprendíanse de las sobras de su alimento refrijerante; pero con harto sentimiento de mi ánima, conocí que las tales gotas venian de un poco mas lejos: el mismísimo cielo las enviaba que aparecia á la sazon negro cual mis pecados y cerrado por todas partes como el horizonte de mis esperanzas.

Aquellas primeras gotas, que cuando mas podrian ser hasta seis, se convirtieron á la media docena de pasos en media docena de millones, que me obligaron á buscar un refugio en el dintel de una cercana puerta, y no tardó la preñada nube en regalarnos con una lluvia de torrentes acompañada de truenos y relámpagos, capaces de infundir miedo á un corazon de bronce; y por lo tanto, el mio que no es de tan dura materia, ni mucho menos, se llenaba de horror al considerar los estragos que la tormenta estaba ocasionando... en mis botas de charol recien compradas y en mi sombrero de cinco napoleones, de noventa y cinco reales, sí, lector carísimo, que era una compasion el ver de qué modo lo estaba despeinando la lluvia, porque el estrecho vano de aquella puerta, no me resguardaba sino como se hacen en España todas las cosas, esto es, á medias, y Dios sabe á qué deplorable situacion hubiera llegado mi ex-lujoso *couvre-chefs* como dicen nuestros vecinos de *allende*, á pesar de su impermeabilidad, si la compasiva dueña de la casa, atisvando sin duda mi falsa posicion por entre alguna rendija de la puerta, no la hubiese abierto de pronto con grave riesgo de mis espaldas que estuvieron á pique de medir la superficie del portal, brindándome luego con una silla para descansar en cuarto que no diese agua.

Acepté de muy buena voluntad la superlativamente mejor de tan amable huesped, y la seguí á un piso superior, pobremente adornado, donde sobre una blanca mesa de pino, ardia un cabo de cera bendita que el cura de su parroquia le entregó como sobrante de la vela entera conque la piedad de esta feligresa habia contribuido para la iluminacion del santo monumento de aquel año, y el cual estaba encendido en este dia con el religioso fin de que librase Dios al recinto que iluminaba, de cualquier rayo ó centella que arrojase la tormenta en el espacio.

—Entre su merced y siéntese donde mejor le acomode, me dijo la buena mujer, con un acento particular de la gente de los barrios bajos y altos de la Andalucía.

Hícelo así dándole gracias al mismo tiempo por su buen corazon, que me conservaba siquiera dos napoleones, porque de los cinco que representaba mi sombrero, el valor de tres, cuando menos, habia desaparecido completamente, merced á la influencia atmosférica: y en el ínterin pasaba el chubasco, me entretenia guiado por ese instinto observador que debo á la naturaleza para mi desgracia, en reparar cuantos objetos me circundaban en aquel paraje, segun acostumbro donde quiera que el acaso ó el deber me conducen; y lo único que llamó mi atencion, ademas de la vela bendita, fue el regimiento de santitos de barro y estampas de todos tamaños y colores, formado en círculo convergente sobre la mesa, de modo que cada uno de sus individuos recibia la parte de luz que le estaba destinada, sin usurpar á su adlátere ni una pizca de la que le correspondia.

La dueña de la casa podia tener algunos sesenta años, era baja, rechoncha y morena. Llevaba un vestido de burdo sayal, tela muy usada entre las gentes de su clase, y un pañuelo de algodon en la cabeza, anudado por debajo de la barba.

—¿Llueve mucho aun? le pregunté al cabo de un rato, impaciente por marcharme.

—Mas que *cuando enterraron á Zafra*, contestó despues de haber abierto la ventana para enterarse.

Aquella respuesta escitó vivamente mi curiosidad. Habia oido hablar del *Rey que rabió*, *de Perico el de los palotes*, *de Vargas el que todo lo averiguaba*, *de Cachano con sus tejas*, y de otros célebres personajes, pero jamás hice conocimiento con Zafra ni su entierro, así es que rogué á la hospitalaria anciana me pusiera en relaciones con el referido caballero, esplicándome el lance que ocurriera al ejecutarse con el desventurado señor, una de las obras de misericordia.

—Es un *dicho* que hay entre las gentes de este pueblo, me respondió la mujer, y que aun cuando corre de boca en boca, no hablan sino por la de ganso la mayor parte.

—¿Y V., señora mia, por boca de quién habla? le pregunté.

—Por la de mi abuela, que era, bendito Dios, una mujer muy de su casa y á quien nadie de este mundo halló en un renuncio.

—Lo cual quiere decir que podrá darme razon del orígen de ese refran del señor de Zafra.

—Y con sus pelos y señales, porque he oido muchas veces la relacion á la que gozando de Dios se halla, y la que llegué á aprender de la cruz á la fecha.

—En tal caso, sino temiera abusar de su paciencia, le suplicaria que mientras pasa la lluvia...

—Con mil amores, caballero.

Y sentándose junto á mí la buena mujer, empezó á dirigirme la palabra en estos términos.

—«Ha de saber su merced, señor caballero, que muchísimos años atrás, habia en Granada un señor muy poderoso llamado don César de Zafra, descendiente de aquel don Hernando de Zafra señor de Castril, que segun dicen, fue secretario de la reina doña Isabel la Católica. Este señor don César tenia un hijo, á quien pusieron de nombre Alfonso, y era el galan mas rondador y el mancebo mas gallardo que paseaba las calles del Albaicin: tenia la voz de un jilguero y nadie le ganaba á puntear las cuerdas de una vihuela; por supuesto, que se guardase muy cualquiera de *mirarlo de reojo*, porque don Alfonso se las apostaba con el mas diestro espadachin de diez leguas á la redonda en esto de manejar una tizona de seis tercias, y era capaz de plantar una estocada al mismo lucero del dia por un *quítame allá esas pajas*. ¿Qué era verlo con su ropilla de terciopelo azul y su blanca pluma en el sombrero, ginete en su caballo negro, de ancha cabeza y largas crines, hijo del mismo viento y ardiente como la tierra donde vió la luz, trotar por esas calles de Dios, dejando tras su huella un rastro de fuego, que arrancaban de las piedras, los clavos de sus herraduras? Pues para eso, cuando por las noches terciándose la capa, y echándose el sombrero sobre los ojos salia don Alfonso á dar sus serenatas á la señora de su corazon: ni el ruiseñor le igualaba en dulzura, ni la tórtola en arrullos, ni la calandria en valentía, porque el primor de sus cantares no es para dicho. Las doncellas se morian de amor por don Alfonso, y los mozos de su edad, mudaban de color todas las ocasiones que á su paso lo encontraban porque la envidia consumia sus pechos y minaba el interior de sus almas.

Por aquel entonces hallábase don César lejos de su patria, y su hijo, indiferente á las miradas codiciosas de señoras muy principales, habia fijado sus ojos y entregado despues su corazon, pásmese su merced, señor caballero, á una gitanilla llamada Azucena, que vivia con su madre, vieja de cincuenta navidades, en un jardin, á espaldas de la casa de don César, cuyo jardin sembraban de flores y hortalizas de marzo á octubre, que iban á vender al mercado y con lo cual se mantenian, amén de cierto *teje manéje* que durante el invierno y al decir de los murmuradores vecinos del barrio, traia la vieja con algunas personas de calidad que iban por la noche á su casa, y á quienes daba muchas recetas y medicinas para la cura de aquellos males que los doctores no entendian: pero la verdad del caso es, señor caballero, que la gitana, podria ser todo lo que se quisiera, pues las gentes no dejan honra segura ni fortuna quieta, mas nunca tuvo que ver con ella la justicia ni la inquisicion, segun me aseguraba mi abuela, *que era una mujer muy de su casa*, y que antes se hubiera caido muerta al suelo que dejar de persignarse todas las mañanas para que la librase Dios de malas tentaciones, y en la vida dió *gato por liebre* á persona alguna.

Pues señor, como iba diciendo, enamoróse don Alfonso de Azucena, y no sabe su merced cuánto tuvo que pasar el mancebo antes de que la gitanilla quisiera corresponder á su cariño; teníase por muy honrada la moza y conocia que un señor tan encopetado no podia acercarse á ella con buenos fines; porque quien pensara otra cosa en este particular, *contaba sin la huéspeda*; era Azucena á pesar de ser gitana, una niña muy en *sus puntos de honra* y aunque habia sido solicitada por no pocos caballeros, pues su hermosura tenia fama de un cabo á otro de la ciudad, siempre *quedábase en sus trece*, rayando en asunto de amores mas alto que el pico de Sierra Nevada.

Pero tanto *fué y vino* don Alfonso, requeríala de tal suerte y sufria con una constancia sus desdenes, que *al fin y á la postre*, ella, que *no era de piedra berroqueña* y él, que con los rayos de sus miradas podia inflamar á la misma nieve, sucedió que llegaron á quererse *como á las niñas de sus ojos* y á no poder vivir el uno sin el otro, *como si fueran uña y carne*.

Así las cosas y cuando don Alfonso se creia el hombre mas feliz del universo y Azucena la mujer mas dichosa del mundo, el diablo que todo lo ha de enredar, hace de modo, que una noche sorprendiera cierto galan desdeñado al hijo de don César en sabrosa plática con la gitana por la reja de su casa, que era cuanto aquel habia conseguido de esta, con objeto de que nadie de este mundo tuviese que echarla en cara cosa alguna, si accediendo á sus instancias le hubiera dado entrada en su casa como en su pecho y llegasen el dia de mañana á saberse semejantes visitas porque nada hay oculto mucho tiempo de cuanto se hace sobre el haz de la tierra.

No fue necesario mas y á los pocos dias no se hablaba en la ciudad de otro asunto que de los amores de don Alfonso y Azucena. Figúrese su merced, cuántas vueltas no darian al negocio, conque si era un disparate segun unos, una locura segun otros, y una calaverada al decir de los mas, que á fuerza de tanto darle por arriba y por abajo, llegó la noticia á oidos de don César, quien, como es de suponer *tomó el cielo con las manos* y se puso inmediatamente en camino para su casa, á donde llegó *en un dos por tres*, sin que su hijo pudiera *caer en la cuenta* ni aun por asomos, de la catástrofe que le aguardaba.

A todo esto, me habia olvidado de decir á su merced que la vieja, la madre de Azucena por otro nombre, *no tocaba pito en la fiesta*: porque sabia *cuantos puntos calzaba la doncella* en lances de honra y *le daba cuerda larga* bien segura de que jamás tendria que arrepentirse.

Unicamente *atendia á su juego* que era bajar al jardin todos los dias en cuanto apuntaba el alba, coger las flores abiertas y las hortalizas maduras, llenar dos cestas con ambas y dirigirse en seguida al mercado de donde volvia con los bolsillos llenos y las cestas apuradas, á fin de estar puntualmente en el jardin á la hora en que venia el agua para regar su hacienda, que era la misma que iba á saltar en las fuentes de la casa de don César, quien pagaba un censo muy crecido al real patrimonio por este raudal de agua.

Pues señor, una noche en que don Alfonso, despues de haber echado al aire las coplas con que se anunciaba á la amartelada tortolilla por cuyo querer *bebia los vientos*, se hallaba segun costumbre recostado en la reja de Azucena, dando aliento á su llama, cate su merced que se le llega un embozado y sin decirle siquiera *esta boca es mia* le pone la mano en el hombro; vuélvese don Alfonso como si le hubiera picado una víbora, porque ya le he dicho que el tal caballero *no aguantaba ancas de nadie* y *en un tris estuvo* que no aconteciera una desgracia; cuando bajándose de pronto el embozo de su capa, quedóse don Alfonso mas frio que corazon de corchete al reconocer nada menos que á su padre en aquel hombre, quien le mandó seguirlo imperiosamente y ambos se alejaron á buen paso de la calle, sin decir *oste ni moste* á la desdichada Azucena, que cerró la ventana con el mayor desconsuelo, esperando la venida de la siguiente noche para mitigar la pena en que se ahogaba.

Un año fue para la triste gitanilla el dia que la precedió, que cuando algun pesar nos inquieta, contamos por dias las horas que nos separan del suspirado término de nuestros afanes; pero como todo en este mundo tiene su fin, vióselo Azucena al eterno dia de sus congojas, pero no así á estas segun esperaba, que antes por el contrario se aumentaron estraordinariamente, porque don Alfonso no vino aquella noche á la reja á pesar de ser esperado desde muy temprano y con una inquietud de doncella enamorada.

Y no fue esto lo peor, sino que tampoco vino aquel dia el agua para el riego del jardin; por lo cual se daba á los diablos la vieja, poniendo el grito en las nubes y mesábase los cabellos de ira, cada vez que aplicando el oido á los caños del pilar no escuchaba el rumor de la corriente.

Llegó la noche del segundo dia, y la del tercero y muchas otras despues y ni el caballero venia á la reja, ni el agua al jardin de la gitana, y esta veia con harto dolor de sus entrañas, marchitarse las rosas de sus sembrados y las mejillas de Azucena.

Todo se le volvia á la muchacha suspiros y mas suspiros; pero la vieja *no tenia pelo de tonta* y sin que su hija le hubiese dado *vela en el entierro* de sus alegrías, ya estaba *del hilo al pábilo* de cuanto sucedia, por lo cual, y viendo tambien por otra parte que toda su

hacienda iba á volverse *agua de cerrajas* si proseguian por mucho tiempo las cosas de aquella manera, determinó allá para sus adentros *herrar ó quitar el banco*, y al efecto sin revelar á su hija ni pizca de lo que proyectaba, tomó cierta mañana su mantilla de franela, y se plantó *en un decir Jesús* en la habitacion de don César de Zafra, para manifestarle la sequía de su huerto, y la miseria que por esta causa le aguardaba, viendo si podia averiguar algo de don Alfonso y *matar dos pájaros de un tiro*. Don César que habia hecho encerrar á su hijo en una torre de la Alhambra, y dispuesto el daño de que la vieja se le quejaba, para escarmiento de sus culpas y pecados, como encubridora y tercera de los torpes galanteos de aquel, recibió á la gitana con una cara de vinagre, capaz de intimidar al mismo diablo; mas la vieja que no se *paraba en barras*, ni *le hacian sombra los pinos* estuvo *erre que erre* en su pretension, jurando y perjurando, tendria que pedir limosna de puerta en puerta, si el agua dejaba de venir á su jardin. Don César no queria *dar su brazo á torcer*, porque era muy supersticioso y le atemorizaba una maldicion de gitano mas que un ejército de enemigos, asi que se guardó muy bien de hacer á la madre de Azucena cargo alguno sobre lo pasado, contestando únicamente, que no lo podia remediar y que tambien participaba del perjuicio, porque no corrian las fuentes de sus patios; pero á la vieja *no la comulgaban con ruedas de molino*, y como sabia que aquello era solo *letra menuda* para salir del aprieto, no dejaba de insistir: el padre de don Alfonso seguia ponderando su grande escasez de agua, y ella *vuelta* con su pobreza, y él *dale* con no tener gota, hasta que conociéndo la gitana que por *remate de cuentas sacaria lo que el negro del sermon* y encolerizada á la vista de su desgracia, decidióse *á tomar las de villadiego*, mas no sin que antes hubiera deseado á don César tal abundancia de agua, que muriese sumergido en ella.

Mire su merced, y dirán luego que *si esto* y *lo de mas allá* tocante á las maldiciones de gitano; *haga cada uno de su capa un sayo* y crea lo que le acomode; por mi parte solo podré decirle lo que aconteció á don César al poco tiempo de su plática con la madre de Azucena. ¿Querrá su merced creer que ya *no volvió á echar mas luz* el desventurado señor, cayendo despues en una melancolía tan negra que se lo llevó la muerte en *menos que canta un gallo*? Pues asi sucedió y no de otro modo que como se lo cuento. Murió el pobre caballero y lo colocaron en la sala principal de su casa, muy vestido de negro, y con doce cirios como mi brazo, ardiendo en rededor de la caja segun la costumbre que observaban todos los señores de su tiempo. A cosa de las once de aquel dia, empezó á teñirse el cielo de pardos nubarrones que fueron estendiéndose poquito á poco hasta cubrirlo enteramente y ponerlo mas cerrado que *boca de lobo*; á eso del oscurecer, se levantó un huracan tan furioso, que silbaba como un condenado por entre los callejones de la ciudad, arrancando de raiz los árboles de cien años, cual si fueran pajas de centeno; no tardaron en sonar truenos espantosos que se iban escuchando cada vez mas cerca, hasta que al dar las ánimas en todas las parroquias, empieza á caer un aguacero tan terrible que los cielos se desgarraban; aquello era un diluvio, señor caballero, pero tan continuado y violento, que el rio Darro fue creciendo, creciendo... hasta salirse de madre; las ondas desbordadas inundaron calles y plazas y llegando á los balcones la corriente, entró por los de don César, apagó las luces de la sala y sacó fuera la caja con el difunto, que en union con los enormes troncos que llevaba la avenida, fue arrastrado hácia los campos y solo Dios sabe donde iria á parar, porque hasta la fecha no se ha vuelto á tener noticia de su destino.

Dueño ya don Alfonso de su voluntad con la muerte de su padre, no esperó á que se cumpliera el año de luto, y *haciendo oidos de mercader* á todas las murmuraciones de la capital y *sin andarse por las ramas*, dijo á Azucena, en cuya busca habia corrido apenas se vió libre de su encierro, que él era mas firme en sus palabras que los *árboles de Aranjuez* y *el peñon de la Gomera*, y que á pesar del *run run* de las gentes se queria casar con ella, como lo ejecutó al poco tiempo, marchándose en seguida á una de sus muchas posesiones del campo, porque al fin y al cabo *tenia su alma en su almario*, y como no era cosa de prohibir á cada prójimo que soltase la sin hueso *á tontas y á locas*, podian *no venirle bien los sayos que le cortaran* al tanto de su casamiento, y tener un lance á todas las horas del dia, porque ya sabemos que se *le antojaban los dedos huéspedes* y era capaz de armar querella con el *sursumcorda* por un *aqui te la puse*.

La vieja siguió á su hija muy satisfecha del resultado de su visita á don César, pero se guardó en todas las ocasiones *de sacar los trapos á relucir*, aparentando *no ver mas allá de sus narices*, en un negocio del que estaba tan convencida como de haber ofendido á Dios, porque si don Alfonso hubiera vislumbrado la verdad del caso, la sangre no podria menos de hacer su oficio, y el de la suegra era seguramente quien hubiera llevado la peor parte de la esplosion: pero nada de esto convenia á la vieja que todo lo habia previsto, pues segun ya consta á su merced, *cortaba un pelo en el aire*; asi es que nadie de este mundo pudo nunca sospechar la maldicion de la gitana, que dió orígen al acontecimiento que le he referido, el cual andando el tiempo vino á quedarse como refran entre las gentes del pueblo, quienes para ponderar la fuerza de la lluvia se acuerdan del entierro de Zafra.»

Todo esto me relató aquella buena mujer *de la abuela muy de su casa*, mientras pasaba la nube que me habia obligado á buscar en la suya un refugio contra sus rigores; pero despues de haber reflexionado en el hecho, tengo para mí que debió de incurrir en un error al referírmelo, pues eso de que la gitana fuese tan discreta con la maldicion dirigida á solas á don César, que ni aun la misma tierra lo supiese despues, es cosa de que nadie puede convencerme: porque de otro modo me seria imposible proporcionar á mis lectores este descubrimiento, que sino de tanta importancia como seria el de la direccion de los globos aerostáticos ó de cualquier buen sistema de gobierno, en España, *el saber no ocupa lugar*, segun decia el dómine de mi pueblo al esplicarnos las diversas maneras de cazar los grillos y luciérnagas, y siempre es bueno no ignorar porque llovió tanto cuando enterraron al buen señor de Zafra, aunque tan siquiera sirva para añadir un refrancico mas á nuestro particular repertorio, y puede que algun dia me den las gracias por este servicio que en la actualidad estoy seguro consideran como trivial y supérfluo.

José J. Soler de la Fuente.

VIAJE A LISBOA POR EL TAJO.

ARTÍCULO TERCERO.

SALIDA DE ALVEGAS Y LLEGADA Á ABRANTES.—UN PLATO DE «PRESUNTO».—HISTORIA DE UN MARINERO.—COMIDA A BORDO.—LLEGADA Á SANTAREM.—EL CANAL DE AJAMBUJA.—EMBARQUE EN EL VAPOR «CAMOENS» Y LLEGADA Á LISBOA.

Nos encontramos en Portugal, y á once leguas de la frontera de España. En una posada del pueblo de Alvegas, á donde arribamos el mismo dia de nuestro embarque, tuvimos el sentimiento de separarnos de nuestros lectores al terminar el artículo anterior. Durmiendo nos dejaron: despiertos nos encuentran hoy, y á las seis de la mañana del dia 26 de setiembre de 1855.

Lo natural es que deseen saber aunque no sea mas que por cortesía, cómo hemos pasado la noche.

¿Por qué hemos de decir que bien, si nuestros huesos no lo sienten asi?

Y cuidado, que nos hemos propuesto ser muy deferentes con nuestros vecinos: en primer lugar, porque nos agrada sobremanera aquel país, y la dulzura de carácter de sus habitantes: en segundo, porque somos de los que desean que lleguemos á estar algun dia mas unidos que lo que hoy nos hallamos: pero como el decir solamente lo que nuestros huesos sientan, no ha de alterar *l'entente cordiale* que existe entre los dos paises, nos lamentaremos por el momento, de la sensible indifencia conque miran los portugueses la lana cuando preparan sus colchones. Se nos dirá que tambien es muy dificil encontrar camas buenas en las posadas de España. Estamos conformes; pero siempre, y al lado de dos ó tres jergones, no falta por lo regular, un colchoncito de lana, que aunque tísico, se encarga de hacer los honores al recienvenido. En Portugal no es asi; la lana escasea tanto que no es solamente en las posadas donde se advierte su ausencia; lo mismo sucede en Lisboa y en los hoteles mas suntuosos. ¿Qué estraño es que en la posada de Alvegas se quejaran nuestros huesos del lecho que les destinábamos? Y si á la dureza del jergon se une el encuentro de alguna mazorca de maiz deslizada entre la paja, sin ser vista del colchonero, entonces ya es cuestion cardenalicia y grave, que fue la que nos obligó á guardar cada uno en el lecho una posicion dada hasta practicar un reconocimiento y conseguir aislar en un punto determinado del jergon las mazorcas, las calabacitas y todas las demás frutas secas que hacian nuestras delicias.

Despues de esta operacion, que fue penosa, pudimos ya descansar regularmente y llegar al siguiente dia, embarcándonos á las siete y media con direccion á Abrantes. En el primer cuarto de legua es bastante dificultosa la navegacion por algunos peñascos que se encuentran en medio del río. Desde Alvegas desaparecen las montañas que aprisionan al Tajo. Este se estiende ya á su capricho, viéndose agradablemente acompañado por unas orillas sumamente amenas, por campiñas deliciosas y fértiles, salpicadas de preciosas quintas.

Despues de la tempestad del dia anterior, el cielo habia quedado completamente despejado, y la temperatura era muy agradable.

A las nueve de la mañana llegamos á la villa de Abrantes, que dista dos leguas de Alvegas. Está situada á la orilla derecha del río, aunque existe tambien poblacion en la banda izquierda, y quedan algunos vestigios de un puente que debió unir ambas orillas. En la parte poblada de la orilla izquierda, se ven algunos edificios muy buenos, destinados á fábricas y grandes casas de labor. La parte mas antigua de la villa, está situada en una eminencia, y la nueva poblacion se estiende casi hasta el mismo puerto siempre lleno de barcos, porque aquí el río los permite ya de mayor calado, y el movimiento comercial va cada dia en aumento.

La villa de Abrantes tiene 6.000 habitantes y es considerada por los militares como uno de los baluartes de la capital cuyo camino cubre.

Entramos en una escelente fonda situada á corta distancia del puerto y parece imposible que en una villa de tan corto vecindario exista un establecimiento tan bien montado donde ni los manjares ni el servicio dejan nada que desear.

Hubo un plato que anunciado por el camarero como cosa *boa*, escitó en nosotros grande curiosidad. Nos preguntó si queriamos *presunto* y al momento respondimos que nos trajera tres raciones.

Mientras el camarero mandaba disponerlas, hicimos mil cálculos sobre el importante plato que nos esperaba, y despues de habernos inclinado á creer si seria algun pescado desconocido para nosotros, se presentó el camarero y colocó sobre la mesa el plato pedido, diciendo «*O presunto.*»

¿Qué creen nuestros lectores que es el *presunto*?

Pues no es mas que *jamon*.

No fue seguramente desairado el *presunto* pero nos dió un solemne chasco porque creiamos que ibamos á paladear un manjar completamente nuevo para nosotros.

Nuestro almuerzo fue espléndido y solo nos faltaba pagar su importe y encaminarnos de nuevo á la orilla.

Llegó el camarero con la cuenta que importaba 2.400 *reis* y la verdad es que este guarismo nos sorprendio; pero muy pronto nos tranquilizamos al ver que solo habiamos gastado poco mas de 42 reales.

A las diez y media de la mañana desplegó vela nuestro barco y con buen viento continuamos nuestro viaje.

A un cuarto de legua y á la márgen derecha se encuentra un pueblecito llamado *Rio Muiños*: á muy corta distancia la aldea *d' Amourera* y algo mas allá la de *Tramagal*.

A una legua de Abrantes y tambien á la márgen derecha está el pueblo de *Montalvo* y á la legua siguiente el lindísimo puerto de *Constancia*. Esta poblacion presenta desde el rio un golpe de vista sumamente pintoresco. Todas las fachadas de las casas están pintadas de distintos colores: son muy capaces y de dos pisos, y las que llegan hasta la orilla guardan una perfecta alineacion. El número de barcos que se encuentran en el puerto es tambien crecidísimo. Junto á *Constancia* desemboca el caudaloso rio *Zerere*.

A tres cuartos de legua de *Constancia* se encuentra en medio del Tajo una enorme roca sobre la cual descuella el castillo llamado de Almorol, de la época de la dominacion sarracena, y cuya viñeta acompañaba al artículo anterior.

A una legua de este castillo está el pueblecito de *Tancos* en completa ruina y casi abandonado. Sus vecinos se trasladaron al inmediato pueblo de *Barquiña* que es otro puertecito no menos interesante que el de Constancia.

Próximo á *Barquiña* vimos un palacio suntuoso de bellísima arquitectura y rodeado de grandes jardines y despues de muchas tierras de labor.

Preguntamos por el dueño y uno de los marineros se apresuró á contestarnos y nos dijo que el dueño habia sido pobre como él: que sabia su historia y que él tambien tenia esperanzas de poder ser algun dia tan poderoso.

Le dijimos que nos refiriera la historia, y para no perder ninguno de los detalles de la narracion, tuvimos la paciencia de escribir en nuestra cartera, al mismo tiempo que el jóven marinero narraba:

«Nao há muitos annos, que o L... hoje por nome L... »de C... passou por um convento, que havia um quarto »de legoa para baixo da Barquinha: e elle iâ muito mal »arranjado, era pobre, e deziaõ ser da Provincia de Va»lencia. Sentouse de fronte do dito convento, é dissera »¡ay!: este convento ainda ha de ser meo. Todo o seu »dinheiro e toda a sua riqueza eraõ seis vintens (1) que »trazia no bolço. Finalmente embarcou para India e ne»gociando na escravatura de pretos, é dize, que ainda »de brancos trouxe de lá muito dinheiro, mandou fazer »do convento a quinta; e hoje tem muito dinheiro é »terras.»

Esta es la relacion exacta que nos hizo el marinero, cuyos ojos tomaban mucha espresion, al recordar el gran capital, hecho por aquel pobre *mal arranjado* con solo dedicarse á la *escravatura de pretos*, es decir, á la trata de negros, y aun á la de *brancos*, segun nos advirtió el marinero. Este pobre, no perdia todavía la esperanza de llegar á poseer un palacio como el que acabamos de encontrar á la orilla del Tajo, y que empezamos á perder de vista, porque el viento nos era muy favorable, y nuestro barco volaba.

A media legua de *Barquiña*, vimos otro barco mayor que el nuestro, que llevaba la bandera real portuguesa. Hicieron señas para que nos detuviéramos, y muy pronto pasaron á visitarnos los señores Cándido Xavier d'Abreu Vianna, capitan de Estado Mayor, y Eusebio Pereira Marsel, capitan de infantería, y aspirante del cuerpo de ingenieros. Ambos oficiales, están á las órdenes del señor brigadier Guerra, superintendente de las obras del Tajo, y se ofrecieron á acompañarnos hasta el pueblo de *Chamusca*, donde segun ellos debíamos dormir.

(1) Poco mas de dos reales.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Nos dirigimos al punto indicado, encontrando antes los pueblecitos de *Pinheiro* y *Carriguerra*, y á la márgen derecha la villa de *Golegam*.

A las cinco de la tarde saltamos en tierra, y nos dirigimos con nuestros equipajes á *Chamusca* que dista de Abrantes seis leguas.

Comenzamos á recorrer posadas y casas de huéspedes: pero todo fue inútil; no habia una sola habitacion desocupada. No dejó de admirarnos esta falta de alojamientos, en una poblacion bastante grande, y preguntamos, si habia habido ferias ó fiestas: entonces supimos que no era el escesivo número de personas lo que nos privaba de un cuarto, sino una inmensa concurrencia de melones y sandías, cuyo fruto se recoge en abundancia por aquellos alrededores, y en aquella estacion, y todas las habitaciones son pocas para darles albergue.

Antes que recurrir á recomendaciones, para poder alojarnos en alguna casa particular, preferimos conti-

VISTA DE LA CIUDAD DE SANTAREM (PORTUGAL).

nuar nuestro viaje hasta Santarem, aunque llegáramos á media noche.

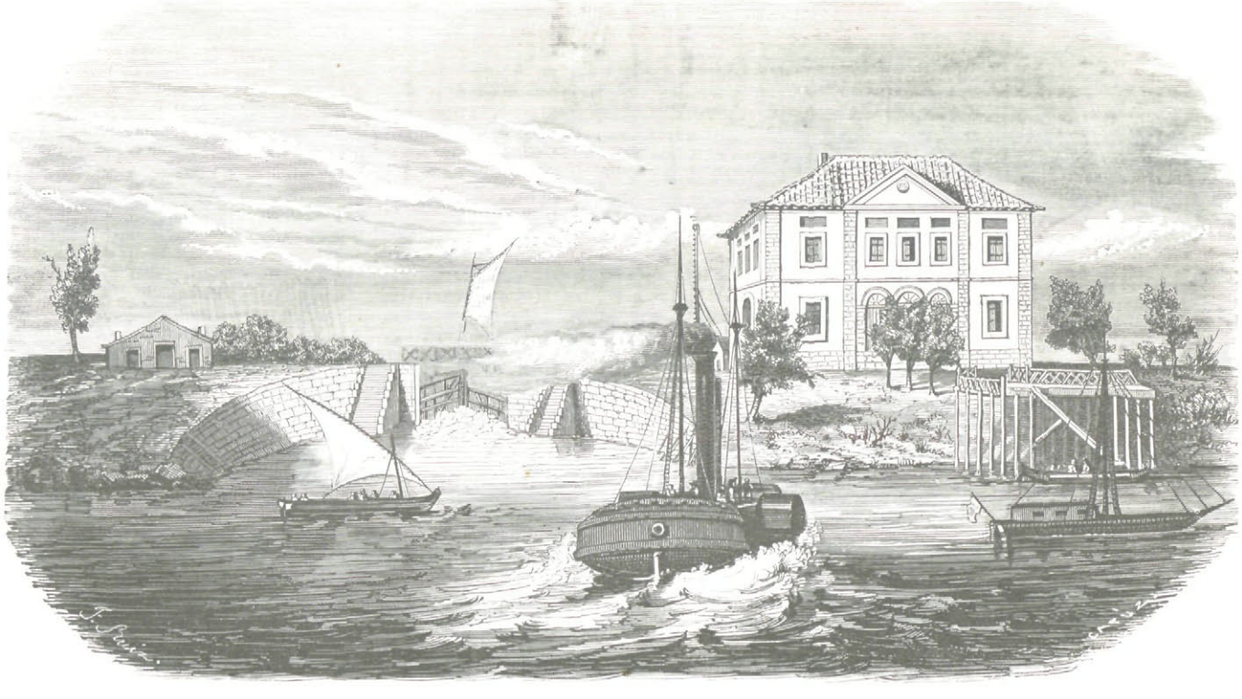
Los oficiales Vianna y Marsel, nos invitaron á pasar á su barco que tenia un escelente y cómodo camarote, y donde nos colocamos muy bien seis personas.

Eran las seis de la tarde, y no habiamos comido. Nuestro cocinero auxiliado de los asistentes de los dos oficiales, nos preparó al momento un opíparo banquete, al cual nos acompañaron los señores Marsel y Vianna, y para que nada faltase, uno y otro apelaron á su biblioteca selecta, y muy pronto nos presentaron dos botellas de vino de Santarem, dos de Collares y dos del célebre Oporto.

Pusimos á su disposicion nuestros mejores cigarros, y muy pronto llegó á establecerse tal fraternidad y tal simpatía, que recordaremos siempre con gusto aquel camarote y aquella comida improvisada.

A las ocho y media de la noche salimos á cubierta, y por algunos momentos, nos creimos trasladados á una de las góndolas, que en las noches de estío atraviesan el Bósforo, alumbradas por el tranquilo resplandor de la luna, y abrigando en su seno, dos corazones cuando menos, á quienes la luz del nuevo dia, suele encontrar desfallecidos de amor.

La verdad es, que nosotros no teniamos en nuestra góndola, ninguno de esos corazones, que pudieran causarnos semejantes deliquios: todos eran corazones masculinos, pero la noche era templada, la brisa que nos acompañaba era suave; nuestro barco se deslizaba insensiblemente por unas aguas, que apenas indicaban la



ENTRADA DEL CANAL DE AJAMBUJA (PORTUGAL).

mas ligera oscilacion; la luna nos alumbraba, como alumbra á las góndolas del Bósforo: y esto nos bastaba, porque sultanas y circasianas en el Tajo, es mucho pedir.

A las nueve volvimos á nuestro camarote, y descansamos hasta las diez, á cuya hora arribamos á Santarem. Tenian ya dispuestos caballos, y subimos á la parte alta de la ciudad, donde está situado el palacio del duque de Palmella, que es la residencia del señor brigadier Guerra. Este se hallaba á cuatro leguas de Santarem; pero tenia dadas sus órdenes, y fuimos alojados en el palacio, con toda esplendidez, y recibidos por el señor mayor Goulgan. Al dia siguiente, se presentó el señor Guerra á hacernos los honores de su casa, y á dispensarnos toda clase de deferencias y obsequios.

Santarem, es una ciudad de 8,000 habitantes. En ella han residido algunos reyes de Portugal, y conserva todavía, aunque ruinoso, un antiguo alcázar. La parte alta de la ciudad, está construida en una elevadísima montaña, y la parte baja, que es mucho mas moderna, se estiende hasta la orilla del Tajo, y forma un barrio importante, habitado principalmente por el comercio.

En Santarem reconcentró don Miguel todas las fuerzas realistas al verse perseguido por los constitucionales; pero no se atrevió á defenderse en esta plaza, y la abandonó durante la oscuridad de la noche, saliendo en direccion á Evora-Monte, donde ya se vió precisado á

firmar en 27 de mayo de 1834 la convencion, por la cual tuvo que abandonar el reino.

Recorrimos los puntos mas importantes de la ciudad, y despues de la comida, y á la hora de tomar el té, se improvisó una escogida reunion de oficiales y gefes que estaban á las órdenes del señor brigadier Guerra, y con los cuales discutimos largamente sobre Portugal y España. La mayoría de estos oficiales eran muy instruidos y pertenecian á los cuerpos de artillería, ingenieros y Estado Mayor.

El señor brigadier, Manuel José Julio Guerra, es un brillante militar, y un escelente oficial de ingenieros. No quiso servir al infante don Miguel, y emigró á Francia. Tomó una parte activa en favor de la causa de don Pedro, y estuvo á las órdenes de Saldaña; fue gefe de Estado Mayor de las fuerzas que mandaba el conde de Bomfim, y dirigió las fortificaciones de varias plazas. Terminada la guerra se le confió la direccion de muchas obras públicas importantes, y hoy entre otras comisiones civiles y militares, está encargado como superintendente, de las obras de navegacion del Tajo. En este puesto ha manifestado siempre las mayores consideraciones á los ingenieros españoles que han tenido que pasar por Santarem, auxiliándoles en cuanto ha sido necesario; y hoy mismo se le ve con frecuencia, al recorrer las obras del río que están á su cargo, pasar á España á examinar los trabajos de nuestro ingeniero el señor Millan, complaciéndose en los adelantos que se advierten diariamente, y manifestando grande interés y vivísimas simpatías por todo lo que tiene relacion con España (1). El señor Guerra está condecorado con las cruces militares mas distinguidas de su país, y el gobierno español le hizo tambien Comendador de la orden de Carlos III.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS.

Con sentimiento tuvimos que separarnos del que es ya nuestro amigo, y á las seis de la mañana del 28, montamos á caballo acompañados de varios oficiales, dirigiéndonos al canal de Ajambuja, que dista una legua corta de Santarem. Podíamos haber continuado nuestro viaje por el Tajo en nuestro mismo barco, pero el viento era contrario, y temiendo retrasarnos bastante y no llegar á tiempo á tomar el vapor, preferimos ir por dicho canal, y á las siete y media nos embarcamos en una cómoda góndola tirada á sirga por caballerías. El canal es poco profundo, y á una y otra orilla hay varios embarcaderos donde la góndola se detiene para tomar la mucha gente que de aquellos pueblos van á buscar el vapor que por el Tajo sigue á Lisboa. Cuatro leguas tiene de estension el canal, y á uno y otro lado se descubren campiñas muy pintorescas, casas de labor y quintas, para las cuales tienen los portugueses un gusto especial.

A las once arrivamos al punto á donde llegan los vapores de la compañía del Tajo, que es la entrada del canal de Ajambuja, por el cual acabábamos de navegar. Junto al embarcadero hay varios edificios destinados á los empleados del canal, segun se ve en la viñeta que acompaña á este artículo; y ademas una fonda bastante regular. En ella nos refugiamos huyendo de un nubarron que descargó poco despues de nuestra llegada, y entre las distracciones de una mesa regularmente servida, y unos cuantos paseos á los diferentes caseríos y establecimientos que rodean el canal, pasamos dos horas; las necesarias para que arrivase el vapor *Camoens*, que en aquel dia se retrasó mas de lo acostumbrado.

Llegó por último á la una y media de la tarde; dejó en tierra los viajeros que traia, y sin detenerse mas que lo necesario para tomar nuevos pasajeros, dió la vuelta á Lisboa, de cuyo puerto nos separaban treinta y dos kilómetros en el momento de nuestro embarque.

En la orilla derecha, del río se encuentran algunos puertecitos, como Vila-Nova-da Rainha, Alhandra y Villafranca, en los cuales se detuvo el vapor para recoger pasajeros. Villafranca es el mas importante, y se advierte mucha actividad en su comercio.

A las cinco y media de la tarde entramos en la inmensa ensenada del gran puerto de Lisboa, donde pueden encontrar seguro fondeadero todos los buques de Europa. El aspecto de la ciudad no puede ser mas pintoresco: está construida en forma de anfiteatro, y como Roma, sobre siete colinas.

Fuimos á fondear frente al soberbio *terreiro do Paço*, plaza magnífica, de grandes proporciones, en cuyo centro se levanta una estátua ecuestre de bronce, del rey José I, y cuyos principales edificios, están ocupados por los Ministerios y por algunas otras dependencias importantes del Estado. Del fondo de esta plaza, que da frente al puerto, parten las tres calles principales de Lisboa.....

Suspendamos aquí nuestra narracion: hemos prometido dar cuenta de nuestro viaje, hasta llegar á la capital del reino Lusitano. Todavía no hemos saltado en tierra: cuanto hemos referido del *terreiro do Paço* (plaza de palacio), lo vemos desde el vapor, porque este y hasta los de mayor calado, pueden muy bien fondear casi á la misma orilla.

En el momento de anclar, suben á bordo una multitud de mozos de cuerda: nuestro criado y cocinero al mismo tiempo, corre á nosotros y nos dice lleno de júbilo:

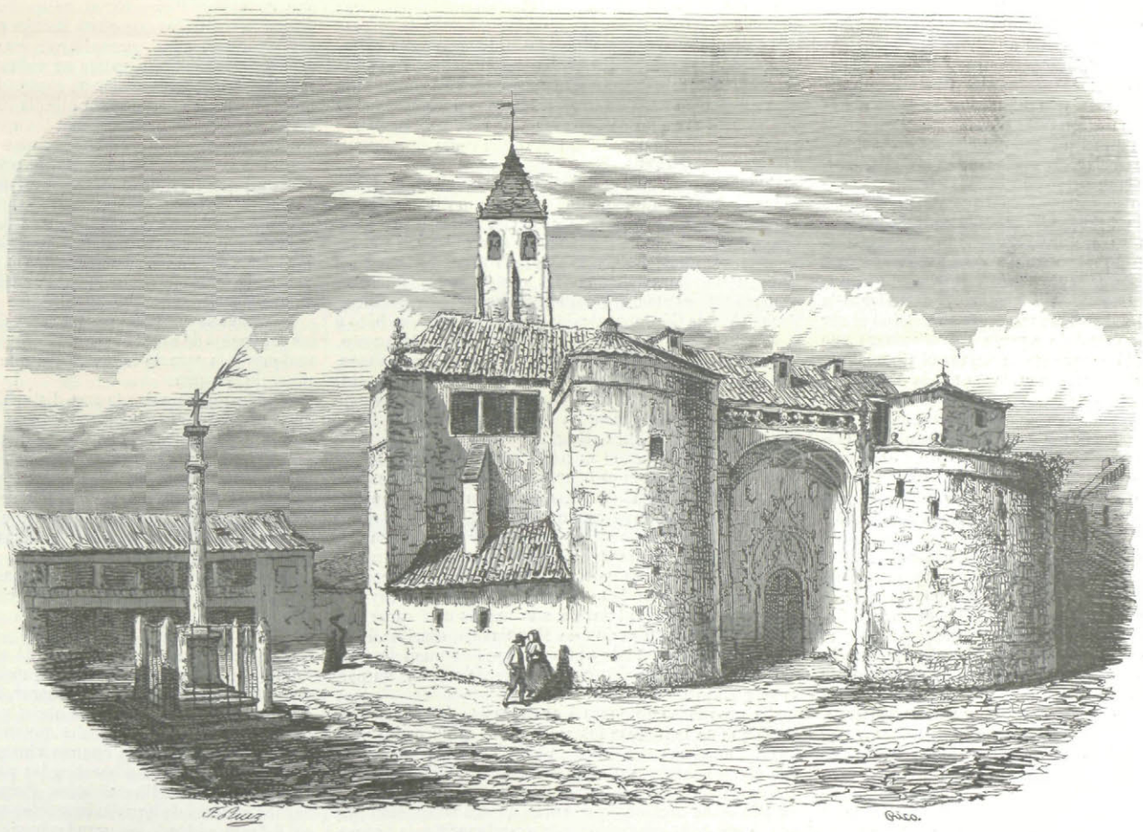
—¡Señoritos, ya tenemos ahí paisanos nuestros!

Nuestro criado que era valenciano, quiso decir sin duda, que habia encontrado españoles, porque los mozos de cuerda son todos gallegos. Pasan de 12.000 los hijos de Galicia que se hallan establecidos en Lisboa; y de 28.000 los que residen en todo el reino de Portugal, dedicados esclusivamente á mozos de cuerda, aguadores y criados de servicio.

Muy pronto se apoderaron de nuestros equipages y nos vimos precisados á seguirlos.

Aquí estamos ya en el deber de despedírnos afectuosamente de nuestros lectores. Tal vez tengamos ocasion de volver á ocupar las columnas del Museo con una ligera descripcion de Lisboa y de sus pintorescos alrededores. Si llegara este caso tambien diriamos algo sobre las costumbres portuguesas y contribuiriamos en cuanto pudiéramos á que desaparecieran una multitud de preocupaciones que hacen formar á los españoles un juicio poco exacto del carácter portugués.

Para la generalidad de nuestras gentes, un portugués



IGLESIA DE TORRELAGUNA Y SITIO DONDE ESTUVO LA CASA EN QUE NACIÓ EL CARDENAL CISNEROS (2).

(1) En el próximo número publicaremos el retrato del señor Brigadier Guerra y el del ingeniero español señor Millan que dirige tambien las obras de navegacion.

(2) En la plaza de Torrelaguna, y frente á la iglesia, existe una cruz tal como se ve en la viñeta, y que hemos mandado copiar. Aquella cruz indica, segun la tradicion, el sitio que ocupaba la casa en que nació el célebre cardenal, y es uno de los monumentos que el pueblo tiene en mas estima.

está *siempre reventando de forte*. Nosotros los hemos hallado por el contrario, muy naturales, muy sociables y muy finos.

Si se ha querido á veces poner en ridículo la predisposicion que pueda haber en los portugueses á exagerar algunas cosas, no olvidemos que la España tiene en su seno toda una Andalucía, que en materia de exageraciones no ha de consentir que la aventaje ninguna nacion del mundo.

F. Montemar.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS.

La historia del cardenal Jimenez de Cisneros ha sido escrita dentro y fuera de España por personas eruditísimas, que han dedicado á ella abultados volúmenes sin conseguir detallarla completamente, pues si es difícil tarea la de trazar el retrato de cualquier hombre, la de fijar el carácter de un hombre político y poner su imagen á tal luz que se le vea clara y distintamente á largos siglos de distancia cuando todas las circustancias, todos los sentimientos y todos los intereses han variado, es una empresa casi imposible. Por eso yo no voy á intentar siquiera en este breve artículo hacer el retrato de Cisneros, sino que me limitaré á presentar el esqueleto, digamoslo asi, de su biografía, resumiendo lo que los demás han dicho, reduciendo las obras de los varones ilustres que han escrito sobre esta materia, como en ciertos talleres, con el auxilio de máquinas recientemente inventadas, se reducen las gigantescas esculturas antiguas á las proporciones convenientes para que puedan ser colocadas sobre la piedra de las chimeneas de nuestros pequeños gabinetes.

Nació Cisneros en Torrelaguna por los años de 1436. Su familia, oriunda del reino de Leon, era ilustre, pero pobre. Su padre ejercia el cargo de recaudador de bulas, y su madre, llamada María de Torres, no habia llevado al matrimonio mas bienes que su virtud. A pesar de esto, conociendo en su hijo desde temprana edad buenas disposiciones para el estudio, determinaron cultivarlas, aunque llevar á cabo tal determinacion hubiera de costarles grandes sacrificios; y habiéndole hecho estudiar gramática en Alcalá, le enviaron á Salamanca, donde obtuvo el grado de bachiller en ambos derechos.

Deseoso de conocer la capital del orbe cristiano, y esperanlo quizá mejorar de fortuna, pasó despues á Roma, donde pasó una vida oscura y trabajosa, hasta que la noticia de la muerte de su padre le hizo volver á su patria para atender el sostenimiento de su madre y hermanos, que habian quedado sin auxilio.

El arciprestazgo de Uceda, de que tomó posesion merced á unas cartas espectatorias del papa, le hubiera servido para mantenerse y mantenerlos; pero el arzobispo de Toledo, don Alfonso de Carrillo, se indignó al saber que ocupaba aquel puesto que él habia ofrecido á otro, y le hizo encarcelar sin piedad de él ni de su familia, á quien su prision dejaba en la mayor miseria, teniéndole encerrado seis años, hasta que al cabo de ellos la esposa del conde de Buendía alcanzó su libertad.

Trocó entonces su arciprestazgo por una capellanía en Sigüenza, y en aquel retiro pasó acaso los dias mas felices de su vida, entregado al estudio y á los santos deberes de su ministerio. Allí comenzó á estenderse la fama de su virtud y de su ciencia, á la cual debió el ser nombrado vicario general de aquella diócesis; pero este destino no le agradó porque no le dejaba el tiempo que él deseaba para estudiar; y aprovechando la ocasion de fundarse el monasterio de San Juan de los Reyes, tomó en él el hábito franciscano, trocando su nombre de Gonzalo por el de Francisco, que es con el que generalmente se le conoce, y alcanzando de sus superiores que se le enviase, primero al Castañar, y luego á Salceda, donde sin mas libros que los sagrados, y viviendo en una mísera choza, pasó algun tiempo en la mas perfecta soledad.

Mas su empeño de huir del mundo no le valió, antes fue causa de todas sus fortunas posteriores, pues nombrado arzobispo de Granada el antiguo confesor de la reina Isabel, Cisneros por la fama de su virtud fue llamado á desempeñar aquel cargo en 1492, y la misma dificultad que puso en aceptarle fue causa de que la reina le tomase mas aficion, y le distinguiese, como le distinguió en adelante.

Nombrado provincial de su órden, aceptó este cargo, mas bien con el objeto de tener una disculpa para ir con menos frecuencia á la córte, que por deseo de ejercer mando alguno sobre sus hermanos; pero tomada posesion de su cargo, trató de corregir los abusos introducidos en la disciplina de los frailes, y aun de reformar la Orden, lo cual le atrajo serios y graves disgustos, pues los frailes se conjuraron contra él y le declararon una guerra crudísima en que dió pruebas de su valor y su firmeza.

Por este tiempo falleció el arzobispo de Toledo, y la reina, tanto por la aficion que habia cobrado á Cisneros, como por miras políticas, hizo que se le confiriese aquel cargo. Nada sabia de esto el pobre franciscano, que cuando llegó á su noticia trató de resistir. Cuéntase esto del modo siguiente: la reina cuando hubo recibido su aprobacion del pontífice, le hizo llamar y le presentó unas cartas, diciéndole.—«Leed esos papeles á ver que quiere el santo padre.» Cisneros tomó las cartas, y habiendo visto en el sobre «á nuestro venerable hermano Fray Francisco Jimenez, electo arzobispo de Toledo, se quedó un momento suspenso; luego se acercó á la reina, dejó las cartas en su regazo y diciendo: no me pertenecen, salió de la estancia. La reina le hizo seguir por las personas que mas podian influir en su ánimo; pero ni sus ruegos, ni los de todos sus amigos hubieran conseguido que aceptase aquel cargo por tantos otros deseado, si no le hubiera obligado á hacerlo un mandato formal del pontífice Alejandro VI.

No bastó este puesto á libertarle de las persecuciones de los malos frailes, antes á estas se añadieron las de la nobleza, y hasta su propio hermano intentó quitarle la vida; pero su virtud y su firmeza eran el escudo en que se estrellaban las maquinaciones de sus enemigos, y retirado á su diócesis en los momentos que ellos y la córte le dejaban libre, se dedicaba á obras tan importantes como la publicacion de la Biblia Poliglota, que fue la primera que se publicó en Europa, y la construccion de la universidad de Alcalá, cuya primera piedra colocó en 14 marzo de 1500 á las cuatro de la tarde. Habiendo pasado á Granada con los reyes, allí se dedicó á convertir y bautizar moriscos en compañía del arzobispo de aquella diócesis, Fernando de Talavera. Entonces fue, cuando queriendo privar á los árabes de la lectura de sus libros para que buscasen los cristianos, hizo quemar todos los que encontró, reservando solo los de medicina, lo cual produjo entre ellos alborotos que fue muy difícil calmar.

La reina Isabel le nombró á su muerte su testamentario, y este nombramiento le trajo otra vez á la córte donde no se apartó del rey católico en las dificultades de su interino reinado, siendo gran parte para que muchos calmasen y reprimiesen sus malas voluntades, pues al contrario de lo que generalmente suelen hacer los cortesanos, él, que se alejaba de la monarquía en sus glorias, acudía á su lado en los peligros. Don Fernando agradecido, obtuvo para él en 1505 la púrpura cardenalicia; pero Cisneros deseaba otra paga mas útil á su entender para España y la religion que en su gran alma lo eran todo. Deseaba que se atendiese á una pretension suya, conque ya habia importunado al rey en vida de doña Isabel, á saber: que acabada la guerra de Nápoles, se comenzase otra contra los moros, pues ademas de parecerle segun las ideas del tiempo, mas lícito pelear contra los enemigos del nombre cristiano, que contra los que conservaban por divisa el lábaro de Constantino, no se ocultaba á su penetracion que las conquistas de Italia eran efímeras y pasajeras pudiendo ser mas útiles las de Africa.

Este pensamiento, aunque poco apreciado en la córte, estuvo á punto de llevarse á cabo cuando el conde de Tendilla se ofreció á la empresa, pidiendo solo un auxilio de cuarenta cuentos de maravedís con la condicion de que si sobraba algo se devolveria al rey, y si faltaba el conde lo supliria; pero la muerte de la reina descompuso estos conciertos.

Cuando el cardenal volvió á hablar de ellos, el rey le escuchó mas favorablemente, pues con motivo de sus disensiones con su yerno, le convenia tener un ejército preparado, y no le disgustaba que se aguerriese á costa agena: así pues, habiendo ayudado Cisneros con once cuentos de maravedís, en las costas de Andalucía se preparó una escuadra, y embarcándose en ella don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, se hizo á la vela en direccion á Oran un viernes á 29 de agosto. El término de la empresa satisfizo todas las esperanzas, pues los españoles batieron á los moros cerca de Oran, ganando un punto llamado en árabe Mazalquivir, y este suceso animó al cardenal en su designio de conquistar á Oran, Trípoli, Túnez, Bugia y Tremecen.

En 1509 llevó á cabo en parte este designio, para el cual hizo disponer en el puerto de Cartagena una escuadra de mas de ochenta velas, y se embarcó en ella él mismo á 16 de mayo con catorce mil hombres, cuyo mando confió al célebre Pedro Navarro. La plaza fue tomada por asalto; pero el inventor de la empresa no sacó de ella mas que la gloria de haberla llevado á cabo y un desengaño quizá de lo que era el carácter del rey católico. Una casualidad llevó á sus manos una carta que este príncipe, admiracion de Maquiavelo, escribia á Pedro Navarro diciéndole «impedid que el buen hombre vuelva pronto á España; conviene hacerle gastar su persona y su dinero.»

Cisneros tornó entonces á su diócesis, donde no permitió que se le hiciese festejo alguno. Allí procuró crear una dignidad con el título de Abad de Oran; pero se opuso á ello un obispo titular que se llamaba obispo auriense y que pretendía que Auria era su obispado. El cardenal lo negaba diciendo que Auria no era Oran, sino que estaba colocada mas al oriente y pertenecia á la provincia cartaginense de Africa, opinion que al cabo prevaleció.

A la muerte del rey católico, volvió Jimenez de Cisneros, por voluntad de este rey, que así lo consignó en su último testamento, de los tres que hizo, á ocuparse de negocios temporales, y esta fue la época en que brillaron mas sus cualidades como hombre político.

Encargado del gobierno de Castilla en compañía del dean de Lovaina, Adriano Florencio, no tardaron en suscitarse entre ambos graves diferencias tanto por sus opuestos pareceres y costumbres, como porque en aquellas difíciles circunstancias no creia Cisneros que era prudente que hubiera en España mas de un gefe, por la celeridad conque debian tomarse las resoluciones y la firmeza conque debian mantenerse. Por esto y por su genio activo y enérgico, prescindió en breve de su compañero, tomando sobre sí todo el peso del gobierno y tambien la odiosidad conque la nobleza miraba á todo el que intentaba dominarla. Como muestra de la posicion en que desde el principio de su regencia se halló colocado respecto á los nobles, se cuenta la anécdota de haberles enseñado los cañones desde el balcon de su palacio diciéndoles «esos son mis poderes; oponeos á ellos si os atreveis.» Yo, que dudo mucho de todas las anécdotas, no encuentro bastantes pruebas históricas de esta, y creo muy bien que pudiera no ser mas que un cuento; pero es por lo menos un cuento que caracteriza á los nobles y al cardenal. Los nobles le tachaban de agreste y demasiado severo para el gobierno, y el cardenal escribia al rey cartas desconsoladísimas diciéndole que solo la fuerza de las armas podia contener ya la audacia de los nobles. Cárlos contestaba al cardenal asegurándole que seguia obteniendo su confianza; pero esto no se oponia á que mirando las cosas de lejos, de vez en cuando cediese á injustas sugestiones de los nobles, y le inquietase ó pusiese dificultades inesperadas á sus planes de gobierno, de modo que el cardenal tenia que luchar con una nobleza indómita y mas dispuesta á pelear que á oir razones, y con la córte del rey, que por estar tan lejos no podia comprender la utilidad ó inconveniencia de sus medidas.

Para aumento de dificultades, el rey estrechaba al cardenal pidiéndole «que el título de rey que habia aceptado por consejo del emperador su abuelo, fuese confirmado por todos los estados del reino.» Difícil de conseguir era esto, pues por una parte se oponian los parciales de la reina madre, que aun vivia, y á quien segun ellos pertenecia de derecho el reino que don Fernando no habia hecho mas que administrar, y por otra resistian igualmente los partidarios del infante don Fernando, que tenia muchos por haberse criado en España, donde Carlos no era conocido. Sin embargo, la firmeza de Cisneros no conocia obstáculos insuperables. Era su divisa un dardo roto en un risco con este lema: *frangitur in solido*, y solia decir que solo quien nunca cede hace ceder á los demás. Presentóse al consejo, y con un breve discurso venció toda la oposicion que en él tenia Carlos, hízole en seguida proclamar públicamente en Madrid, adonde habia traido la córte; y despues de haber atraido al órden por medio de la fuerza á los nobles que como don Pedro Giron no querian someterse á la ley y á las ciudades que como Málaga se sublevaban contra las autoridades, procuró rodearse de un cuerpo de ejército que hiciera respetar su voluntad.

Con este objeto, so color de contener á los moros, intentó formar una especie de milicia ciudadana en todas las ciudades, que eran desde el tiempo de San Fernando la esperanza de los reyes; pero los nobles se apercibieron á la resistencia y lograron persuadir á muchas ciudades que no debian obedecer tal disposicion. Madrigal, Burgos, Leon, Salamanca, Medina del Campo, Olmedo y sobre todo Valladolid, que llegó á formar una especie de ejército para oponerse al Cardenal, se sublevaron contra ella; y solo se calmaron y obedecieron por haber obtenido Cisneros una órden del rey que las mandó obedecer.

Tambien se estrellaron contra su firmeza y energía, los proyectos de los franceses que favorecian descubiertamente á la casa de Labrit, para que volviese á apoderarse de Navarra.

Ni descuidaba entre tantos disturbios el engrandecimiento del reino. Conociendo como todos los buenos ministros de España, que esta península está llamada á ser una potencia marítima, despues de guarnecer y asegurar á Pamplona, para cerrar por aquel lado el paso á Francia, aumentó la armada que peleó victoriosamente con los corsarios en varios puntos, y se opuso á la publicacion de las célebres indulgencias que dieron lugar al cisma de Lutero en Alemania.

Tambien manifestó su piedad en las órdenes que dió, y que, dicho sea de paso, no aprovecharon, para que no se maltratase á los indígenas de la recien descubierta América.

Solo entre tantos actos dignos de alabanza, el historiador tiene que censurar en él algunos, á que le llevó en aquel tiempo cierto afan de atesorar, inesplicable en un hombre de tan rígidas costumbres y tan pródigo para los desvalidos. El le esplicaba diciendo, que así aseguraba al rey Carlos para cuando viniese á España, dineros conque poder ser liberal, y las simpatías que le habian de atraer sus liberalidades. Pero volvamos á reseñar los sucesos de aquella regencia, que ni hay hombre sin defecto, ni los de los grandes hombres suelen ser otra cosa mas que la consecuencia necesaria de sus cualidades.

No pudiendo venir Carlos á España tan pronto como quisiera, y cediendo á las instancias tanto de los nobles españoles que odiaban al Cardenal, como de los flamencos que comenzaban á temerle, envió á Madrid un tal Carlos Lasao, noble aleman, para que se le asociase en el gobierno. Adriano que hasta entonces no habia con-

seguido tener en él la menor autoridad, creyó que era llegado el tiempo de alcanzarla plena; y coligándose con Lasao, trataron ambos de gobernar solos, sin contar con la energía de Cisneros, que no habiendo sido domada por la guerra unánime un dia del pueblo y la nobleza, ni por los amagos de los estranjeros, mal pudiera someterse á dos hombres que seguramente no se hacian notar por su entereza. El primer paso que dieron para mostrar su union y sus designios, hizo que su juego se descubriese. Redújose á mandar que les presentasen los despachos reales y firmarlos, no dejando sitio para que firmase Cisneros, sino despues de ambos; pero Cisneros rompió aquellos despachos, y escribiendo otros, los firmó él solo, haciéndolo asi siempre en adelante sin que Adriano ni Lasao se le opusieran.

Por fin, habia logrado Cisneros dominar todas las causas de desórden, si no era la avaricia de los flamencos, que consideraban á España como los españoles al Nuevo-Mundo, y de quienes cansados los pueblos amenazaba una terrible sacudida, cuando llegaron nuevas de que el rey venia á España, y el Cardenal, tomando las medidas necesarias para recibirle dignamente, hizo aprestar una escuadra cuyo mando dió á Gomez Buitron para que le trajese á su bordo. En seguida queriendo acelerar cuanto fuese posible una entrevista con el rey, salió él mismo de Madrid, y se dirigió á Aranda de Duero con la córte. Quiso de paso visitar el pueblo en que habia nacido y asi lo hizo, pasando despues á Boceguillas donde el dia 10 se sintió gravemente indispuesto. Todo el mundo lo atribuyó á que le habian envenenado, citando unos como prueba que Francisco Carrillo que le sirvió á la mesa, habiendo probado de una trucha destinada al Cardenal, se sintió enfermo tambien, y otros, cierto aviso que segun dicen recibió el padre Marquina, y que tiene muchas trazas de consejа. Es lo cierto, que el mismo Cardenal atribuia su enfermedad á veneno y que nada tendria de estraño que fuese una venganza de sus numerosos enemigos.

Este accidente le quitó las fuerzas, pero no la energía ni la razon que conservó hasta el último momento y aun quizá hubiera triunfado de su dolencia, si el rey aconsejado por los flamencos, no le hubiese escrito una carta diciéndole «que saliese á recibirle á Mojadas donde tratarian de las cosas públicas, pudiendo despues retirarse á su diósesis, pues solo Dios podia premiarle.» Miniana asegura que Pedro de Mata, el arzobispo de Badajoz, que era demasiado afecto á los flamencos, y que ademas estaba incitado por sus particulares intereses, añadió á esta carta el retiro del Cardenal. No falta sin embargo quién diga, que cuando esta carta llegó, el Cardenal, cuya mejoría solo habia sido aparente, llevaba diez y ocho horas de una fuertísima calentura y no pudo leerla.

Como he dicho, no le abandonaron sus facultades hasta el postrer momento. Conociendo que su fin se acercaba, dió sus disposiciones testamentarias, pidió los sacramentos, y despues de hablar breve; pero enérgicamente de la instabilidad de las cosas humanas, espiró en Roa (otros dicen que en Torrelaguna) el domingo 8 de diciembre de 1517 á los ochenta años de edad, y ventidos de arzobispado.

Embalsamado su cuerpo y despues de habérsele tributado los honores fúnebres debidos á su clase, fue conducido á Alcalá, donde segun ordenaba su testamento, se le colocó en un sepulcro de la iglesia da san Ildefonso, que estaba en el colegio edificado por el mismo Cisneros. Este sepulcro se cubrió despues con un magnífico túmulo de piedra; pero en 1597, se observó que era tan húmedo aquel lugar que los huesos estaban empapados de agua y reblandecidos. A consecuencia de esto, se trasladaron á un armario del altar mayor al lado del evangelio, segun consta de una nota original del doctor Luque. Algunos años despues volvieron á ser colocados en una sepultura inmediata á la que antes ocupaban, y á causa otra vez de la humedad, el lunes 2 de agosto de 1677 á las nueve de la noche, fueron sacados secretamente de allí, y depositados en una capilla de la misma iglesia, en que el Cardenal solia decir misa, redactándose un acta de todo esto, que se conservó en el libro becerro de la iglesia, y de la cual tomaron copia varios colegiales que con el padre Quintanilla asistieron á aquel acto. El ignorarse la existencia de tal acta hizo que por mucho tiempo se llorasen por perdidas aquellas reliquias, hasta que últimamente habiéndose encontrado despues de restaurado su sepulcro, han sido colocadas en él, de donde no saldrán ya probablemente sino para entrar en el panteon nacional, si algun dia se lleva á cabo la idea de su construccion, acariciada por todos los amantes de las glorias españolas.

Completaremos estas breves noticias con un ligero bosquejo de este gran hombre. Segun los historiadores fue alto, nervioso, y fuerte de cuerpo como de alma, mas larga la parte superior de su cuerpo que la inferior, y su cráneo muy levantado por detrás. Sus ojos eran algo hundidos y tiernos, pero penetrantes; su nariz larga y aguileña; sus labios gruesos, sus dientes iguales y unidos, aunque sus colmillos estaban algo levantados, lo cual dió lugar á varios chistes de sus enemigos. Mesurado en el andar, parco en las palabras, y mas aun en las sonrisas, era muy frugal en su comida, muy severo en sus costumbres, y muy amante de la soledad y del estudio. Sacerdote ejemplar, jamás entre las pompas de la córte olvidó la austera regla en que habia profesado; hábil político, dirigió con fortuna el timon del Estado en tiempos de tempestades y borrascas capaces de hacer zozobrar al mas hábil piloto; severo, rígido, y firme sobre todo por naturaleza, á su firmeza y su virtud debió su elevacion, que él no buscó, sino que por el contrario huyó constantemente, aceptándola solo cuando no le fue posible reusarla. De su integridad basta decir que nadie la ha puesto en duda á pesar del ansia de atesorar que mostró en su regencia. Las rentas de su arzobispado las gastó en obras de pública utilidad. Su amor á las letras le movió á fundar la universidad de Alcalá, y á publicar á sus espensas la Biblia Políglota, y la Liturgía Muzárabe, dejando á su muerte muy adelantada una edicion de Aristóteles.

España le cuenta hoy en el número de sus mas eminentes políticos, y acaso algun dia le venerará entre sus santos.

CARLOS RUBIO.

SOCIEDAD PROTECTORA DE LAS BELLAS ARTES.

El mártes de la última semana celebró esta sociedad una de sus habituales sesion de competencia, que estuvo aun mas animada que las anteriores, consecuencia del ingreso de un considerable número de socios. A las once se sortearon entre los concurrentes siete bocetos de los que se habian ejecutado en la misma sesion.

Laudable es el celo conque la junta directiva procura aumentar cada dia el lustre de esta sociedad y el número de sus individuos. A sus constantes esfuerzos, no menos que á la bondad del pensamiento que los guia, se debe que hayan tenido ingreso en la sociedad un gran número de personas de todas clases, y especialmente de la mas distinguida por el nacimiento y la riqueza, la cual naturalmente se halla mas en estado que ninguna otra de protejer las artes.

Entre las personas que se han inscrito últimamente en el catálogo de los socios, se cuentan los señores conde de Altamira, marqués de la Isla, duque de Alba, conde de Casa-Bayona, duque de Rivas, marqués de la Cañada, marqués de Villavieja, don Francisco de Paula Retortillo, don Angel Calderon de la Barca, don Francisco Muñoz del Monte, don Balbino Cortés, don Nazario Carriquiri y otros muchos.

Ha sido nombrado director del Museo de pinturas del Prado y primer pintor de Cámara el célebre artista don Juan Antonio Ribera, cuya notable biografía hemos dado en el número cuatro de nuestro periódico. Celebramos que este nombramiento haya recaido en una persona que á su gran mérito y á sus distinguidos conocimientos en el arte, reune el de hacerse amar de sus discípulos y de todas las personas que le tratan.

El señor don José Madrazo que desempeñaba estos cargos, de los cuales habia hecho dimision, ha sido jubilado con todo su sueldo en premio de sus buenos servicios.

Alfredo de Musset, cuya muerte anunciamos en nuestro número anterior, y cuya pérdida llora la Francia, tenia cuarenta y seis años. Habia hecho sus estudios en el colegio de Enrique IV y á su salida se dió á conocer como gran poeta en los «Cuentos de España.» En 1832 publicó el «Espectáculo en un sillon» y en 1840 «Las Noches» uno de sus mejores poemas.

Sus novelas se distinguen por la gracia y naturalidad del estilo y de los caracteres: basta citar «la Dama de las Camelias», que algunos de nuestros lectores tal vez conocerán por haber sido traducida al español; y en sus comedias se observan toda la riqueza de estilo, toda la viveza de ingenio que distinguia especialmente á este escritor dotado de un verdadero espíritu francés en el buen sentido de la frase.

Las últimas observaciones hechas en Francia sobre el censo de poblacion de 1856 han demostrado dos hechos que están llamando la atencion de los estadistas y que pueden inspirar sérios temores para el porvenir: el uno es la disminucion considerable de la poblacion total, disminucion que viene efectuándose desde 1851: el otro, acaso mas grave, el movimiento de traslacion que desde la misma fecha se observa en los habitantes de los campos, que abandonan sus moradas para vivir en las grandes capitales y sobre todo en París. Mientras que la industria cuenta con sobra de brazos hasta el punto de vivir en la mas espantosa miseria millares y millares de personas, se nota falta de operarios para los trabajos del campo.

En cambio, la poblacion de Holanda y de Bélgica crece rápidamente. En la primera de estas dos naciones, el aumento fue en 1855, de diez por ciento; la Bélgica en veinte años, se ha aumentado con cerca de dos millones de habitantes.

DIRECCION DE LOS GLOBOS AEROSTATICOS.

Segun parece, se acerca, si no ha llegado ya, la época de dar por resuelto este importantísimo problema. En la Gaceta ilustrada de Leipzig, correspondiente al 25 de abril, hallamos la relacion de un oficial austriaco, que á continuacion insertamos, con la noticia del invento, y el grabado que representa el aparato: todo lo cual creemos digno de la atencion y estudio de los inteligentes.

Siendo constante, dice esta relacion, que á un barco no se le puede dar la direccion, ya sea en agua corriente, ya en agua estancada, valiéndose esclusivamente del timon y faltando otro agente impulsor, no lo es menos, que á un globo no se le puede tampoco dirigir disponiendo tan solo del timon ordinario, pues en este caso seguirá la propia direccion y rapidez que la de la corriente de aire en que se encuentre.

La fuerza impulsiva de avance, que hasta ahora se ha echado de menos, consiste, segun mi mas íntima conviccion, en la rotacion de un tornillo de Arquimedes, el cual, de la propia manera, que sucede con un vapor de hélice, surcando por el agua, impulsa al globo por el aire.

Respecto á la velocidad que se ha de conseguir á favor del tornillo en cuestion, objétase frecuentemente que el aire le ofrece una resistencia inferior á la que encuentra en el agua. Esto es muy cierto; sin embargo, no hay que olvidar que el movimiento de avance de un globo reclama en la propia proporcion menos fuerza que el de un barco.

Una rotacion de la hélice en un vapor, hará avanzar á este otro tanto que en el aire á un globo. Empero ¿cuál será, aun con menos fuerza, el número mayor de rotaciones de la héliee alrededor de su eje en el aire, comparadas con las que tendrá en el agua? Si admitimos que sea diez, lo que en verdad no es demasiado, nos resulta que el globo, impulsado á favor de la hélice, tiene una velocidad diez veces mayor que un barco de vapor.

Que efectivamente produce el tornillo el efecto deseado, nos lo demuestra el ensayo siguiente:

En 1854 participé mi invencion á un oficial del ejército imperial, muy aventajado en obras mecánicas, el cual adhiriéndose al propio sistema, construyó de chapa de hierro un carrito con un peso total de un cuarteron próximamente, colocando sobre el mismo, montada al aire, una hélice, cuya rotacion se efectuaba á favor de un mecanismo parecido al de un reloj.

Si se daba cuerda al muelle respectivo, soltando despues el carrito en terreno llano, comenzaba el tornillo incontinenti á funcionar, arrastrando dicho vehículo en miniatura en menos de diez segundos, hasta una distancia de diez pasos, poco mas ó menos; y es de advertir que el muelle de la máquina era sumamente débil.

El tornillo que muestra el dibujo, tiene cuatro aspas ó aletas helicóideas, de las cuales, cada una describe un cuarto de círculo. Creo que el de cuatro aletas es preferible al de una, ó dos, pues que con el primero, sin mengua alguna de fuerza, se consigue reducir su longitud y peso respectivo.

Para el mencionado ensayo tenia el tornillo un eje de madera, mientras que la parte esterior era de alambre, sobre el cual estaban aseguradas las superficies curvas (de tiras de papel) con goma. Aun para ensayos en escala hasta cierto punto mayor, bastaria esta clase de material, pues que justamente la curvatura de los planos da al conjunto una consistencia muy grande. Hélices de seis ó mas piés se podrian acaso confeccionar de aquel laton en hoja, bastante maleable, de que se sirven los fabricantes de instrumentos; y tambien vendria en su defecto muy al caso el aluminio, metal de reciente invencion, á causa de su escaso peso específico.

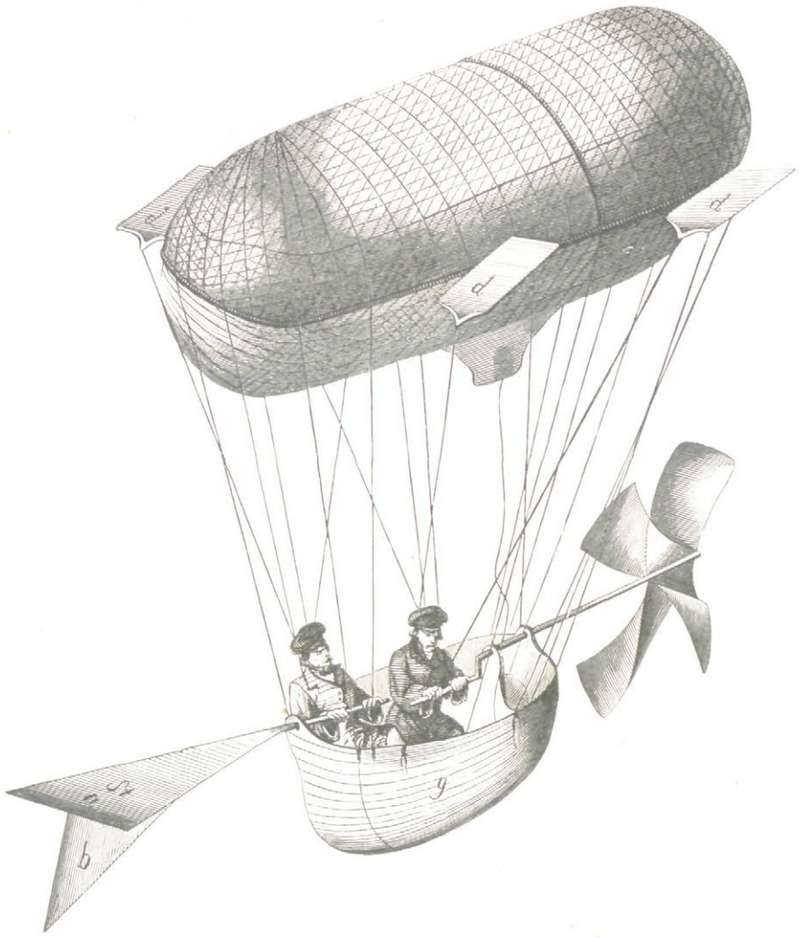
El timon *St* se compone de un plano horizontal *a*, y de otro vertical *b*, movibles en cada una de estas direcciones. Sirve el plano vertical para dar direccion al globo, ora á la derecha, ora á la izquierda, mientras que el horizontal tiene el destino de ir restableciendo la situacion horizontal del globo en caso de que la perdiese.

Luego que la hélice funcione ya plenamente, se puede al arbitrio hacer bajar el globo, ó dejarle remontarse á favor de los dos planos *d*, que existen en los dos costados de la góndola, á los cuales se les dará la posicion oblícua que señala el dibujo, en el caso de que se quiera dejar ascender el globo.

El dibujo que el lector tiene á la vista le da una idea general del sistema ó principio que prevalece, representando un globo de forma cilíndrica, ascendente, en cuya góndola se halla en un estremo la hélice, y en el opuesto el timon. No trataremos al presente de lo que se refiere al agente motor del tornillo, bastando para un mero ensayo la fuerza de un hombre. Aparatos de vapor, aun cuando fuesen calentados con espíritu de vino, son aun prescindiendo de su peso, inadmisibles, á causa del peligro del incendio; en cambio, seria muy á propósito para el caso la máquina de rotacion electro-magnética, toda vez que la misma, como lo creo, se vaya perfeccionando hasta el punto conveniente.

Si en el dibujo que presentamos, suprimiendo el globo, aseguramos la góndola á un plano horizontal oblícuo

de unos cuatrocientos piés cuadrados, tendremos en lugar del globo una cometa, la cual, á causa de su reducido coste, seguridad y estraordinaria velocidad, reemplazará, á no dudarlo, con el tiempo á los globos aerostáticos.



NUEVO GLOBO AEROSTÁTICO.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Con arreglo á las disposiciones adoptadas de antemano por el gobierno y sus delegados, se procedió el 21 al empadronamiento general en toda España. Los vecinos de Madrid y de las provincias, recibieron aquel dia una papeleta en blanco que debian llenar, y en la cual se les exigia que anotasen el número de habitantes de cada casa, su sexo, nombre, edad, estado, profesion y ocupacion. El 22 debieron recogerse estas papeletas; sin embargo, aunque se espera en breve el resultado de la operacion, no solo no se conoce todavia, sino que se cree que en no pocos puntos habrá presentado graves dificultades, ya por culpa de los empleados, ya por la prevencion conque semejantes medidas se miran en nuestro pais. En muchas poblaciones de corto vecindario, la formacion del censo ha dado orígen á los comentarios mas absurdos, llegándose á suponer, que durante la noche del 21, todos los vecinos debian tener sus puertas abiertas, y que iban á practicarse registros en el interior de las habitaciones. En algunas poblaciones importantes se han encontrado barrios enteros poblados de personas que no sabian leer ni escribir. De aquí, tambien muchas de las dificultades que la operacion no puede menos de haber presentado. De todas maneras, el método que se ha seguido por el gobierno es el que mejor puede conducir á averiguar con la exactitud posible la poblacion de España; y si el número total que de este modo se obtenga, no es enteramente exacto, por lo menos poseeremos un dato bastante aproximado.

El Congreso de diputados ha aprobado en estos últimos dias el proyecto de que hablamos en la Revista anterior, para llevar á cabo las obras de la puerta del Sol. Remitido inmediatamente el Senado, en la primera reunion de este cuerpo se nombrará la comision que ha de examinarlo; y como es probable que adopte en todas sus partes el dictámen del Congreso, creemos que en toda la semana próxima podrá ser sancionado, y que en todo el mes inmediato se podrá dar principio á las operaciones que han de preceder á los trabajos.

A pesar de las ventajas que ofrece el empréstito que la diputacion provincial de Madrid está autorizada para llevar á cabo con destino á carreteras provinciales y caminos vecinales, en la subasta celebrada el 25 no se presentaron sino cinco proposiciones admisibles en demanda de doscientas sesenta y cinco acciones, cuyo valor, á los tipos ofrecidos por sus autores, asciende á poco mas de medio millon de reales. En vista de este resultado, y para completar los seis millones se abrirá nueva subasta, la cual deberá verificarse el dia 8 de junio en el salon de sesiones de la diputacion. Esperamos que esta vez la provincia sea mas afortunada, y empiece á crearse con este ejemplo el crédito provincial de que tan buenos resultados pueden reportar los adelantos locales de los pueblos.

Ya otros, como Santander, Valladolid y Bilbao, aprovechándose de las facilidades que da la ley de 1855, han establecido sus bancos, que en un porvenir no remoto convertirán á estas plazas en grandes centros de actividad comercial.

La quincena ha sido poco fecunda en diversiones y espectáculos; es verdad que el tiempo no los ha favorecido. Las carreras de caballos que se verificaron el 14 y 17 á las cinco de la tarde estuvieron sin embargo bastante concurridas. En el primer dia, la yegua *Moldova*, propia del duque de Frias, ganó el premio de mil reales, ofrecido por la inspeccion de Carabineros, corriendo la distancia de dos mil varas en dos minutos y veinte segundos la primera prueba, y en dos minutos y trece segundos la última. Disputaron este premio los caballos *Hernani* y *Kedjer*, de los duques de Fernan Nuñez y Alba, y la yegua *Semiramis*, del marqués de Alcañices. Esta y Kedger, arrojaron al suelo á sus respectivos ginetes. El premio de dos mil reales ofrecido por la sociedad de la cria caballar, se adjudicó al caballo *Stambul*, del duque de Frias, que corrió mil quinientas varas de distancia en un minuto y treinta y tres segundos. Una nueva yegua llamada *Besika* del mismo duque de Frias, recorriendo en tres minutos y diez y nueve segundos tres mil varas de distancia, ganó el premio de seis mil reales; y por último, el de ocho mil ofrecido por el ministerio de la Guerra, se adjudicó á la yegua *Chispa*, del duque de Fernan-Nuñez. En el segundo dia de carreras, la yegua *Moldova* volvió á ganar otro premio de tres mil reales en competencia con la *Caledonia*, del duque de Alba, y la *Iberia*, del marqués de Villafranca: el caballo *Stambul* tuvo la misma suerte, disputando el premio de cuatro mil reales, contra *Caton* y una *Beata* propios, el primero del señor Salamanca, y la segunda del marqués de Alcañices. No tan afortunada la *Besika*, tuvo que ceder el triunfo en el premio de doce mil reales, al caballo *Buckingham*, de don Juan Mizen, que corrió cuatro mil quinientas varas en cinco minutos y quince segundos. Verdad es, que perdió solamente por un cuarto de segundo. Así, pues, los honores de las carreras, se deben principalmente á los caballos del duque de Frias.

El público ha asistido y asiste con grande interés á los ejercicios del gimnasta Buislay, que asciende y desciende por un plano en espiral con los piés sobre una bola y sin asirse de ningun objeto. En los últimos dias ha verificado algunas ascensiones aerostáticas, trabajando al mismo tiempo en el trapecio con suma habilidad.

El Circo, con el título de Susana, nos ha dado la reproduccion de una pieza francesa, obra de Alejandro Dumas, hijo, que ya habiamos visto representada en francés bajo el nombre de *Le Demi-monde*. Es una produccion bien concebida, pero que no ha logrado atraer gran concurrencia al teatro de la antigua plaza de Godoy. Mas concurrido estuvo el teatro del Príncipe en las primeras noches de la representacion del *Camino de Presidio*, drama terrorífico en siete cuadros, cada uno de los cuales se distingue por un robo ó una tentativa de asesinato. El autor de Los pobres de Madrid, no ha sido tan feliz en este arreglo como en el anterior.

Segun escriben de París, M. Guizot, ha publicado una novena edicion de sus *Ensayos sobre la historia de Francia*, á la cual ha puesto un nuevo prólogo. Feruk-Khan, el embajador de Persia en París, ha sido elegido individuo de la sociedad oriental de aquella ciudad, y ha prometido á su vuelta á Persia, escribir algunos artículos para *La revue de l'Orient*, que sirve de órgano á aquel cuerpo científico. Hace pocos dias tomó parte en una discusion sobre el famoso poeta persa, Omar Kaiyam, que floreció hará unos setecientos años, y comunicó á la sociedad una de sus canciones báquicas, observando que á pesar de su religion el gran poeta era aficionado al vino.

Háblase en París de un pleito curioso. Hay en la plaza llamada del Chatelet, una tienda de vinos contigua á la *Chambre des Notaires*, á cuyo dueño se le ha ocurrido poner por rótulo: *Au rendez vous des notaires*. La ilustre corporacion de notarios, indignada de esta libertad, y no pudiendo obtener del irreverente tabernero la supresion del rótulo, le ha demandado ante la justicia. El pleito será curioso.

Está llamando la atencion de la capital de Francia un melodrama en seis actos, que se representa en el teatro de la Porte Saint Martin, con el título de Guillermo Shakspeare, produccion de M. Fernando Dugué: en ella se presenta al gran poeta inglés como un indigno libertino, que abandona á su mujer por una actriz, como un soñador místico, un gran espadachin y un profundo político, que aconseja á la reina Isabel en los asuntos de Estado, mezclando con sus consejos no pocas insolencias. Con este personaje juegan un milord Winchester, que trata de sobornarlo para que escriba un drama contra María Estuardo; un cuñado del poeta, que sin saber por qué trata de cortarle el cuello, y un milord Brick, que organiza una conspiracion para silbar en el teatro la pieza de *Romeo y Julieta*. El teatro se llena todas las noches para ver este fárrago de estravagancias.

Mas justificada está la sensacion que ha producido la reaparicion del grande actor Federico Lemaitre, despues de una larga ausencia de la escena. Ha hecho su nueva salida en el drama *Andrés Gerard*, que representa un grabador, que reducido á la miseria por su cortedad de vista se dedica al juego, se hace fullero, y descubierto, es tratado indignamente, y abrumado de vergüenza y de remordimientos, muere de la rotura de un aneurisma. El anciano Lemaitre ha admirado al público con el vigor de sus maneras y su habilidad en el difícil arte que posee.

En el teatro de la Reina, en Londres, ha vuelto á presentarse la Alboni, desempeñando el papel de Rosina en el *Barbero*. La voz de la Alboni dicen que ha adquirido nuevo vigor desde la última temporada.

En Munich, el señor Simonides, ha empezado á publicar una revista mensual arqueológica, con el título de *Memnon*, escrita en griego y en aleman, y que tiene principalmente por objeto descifrar los geroglíficos egipcios. El autor de esta revista censura ágriamente á los literatos de Berlin, Leipzig y París, que se han dedicado á esta clase de estudios; les llama necios é impostores, y dice que en breve presentará sus faltas ante el mundo en toda su desnudez. No hace mucho tiempo que el señor Simonides se atrajo la atencion del público con motivo de la falsificacion de ciertos manuscritos.

Entre los que han quedado inéditos del célebre Enrique Heine, de cuyas producciones nos ha dado una muestra brillante nuestro apreciable poeta español Florentino Sanz, se ha encontrado un tomo de poesías satíricas llenas de ingenio y de gracia. Varios editores alemanes se han ofrecido á darlas á luz. Las publicará el señor Duesberg de Munich, con las demás obras del autor.

N. F. C.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En tierra de ciegos es el tuerto rey.

AVISO.

Se advierte á los señores suscritores por un año, que optaron por el regalo de las cuatro estampas, y que todavia no hayan recibido la primera, que el 10 de junio, ha de obrar en su poder la que representa la Ciencia.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

MADRID: IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, PRINCIPE, 4.